

# En La Habana



Raymond  
Roussel

# En La Habana

Raymond Roussel

Traducido por Damián Tabarovsky

*Diario de poesía*, Buenos Aires, Año 18, N° 67,  
abril a julio de 2004

Los números entre corchetes corresponden  
a la paginación de la edición impresa.

letrá e

[14]

Así comienza *La tumba sin sosiego* de Cyril Connolly: “Cuanto más libros leemos, mejor advertimos que la función genuina de un escritor es producir una obra maestra y que ninguna otra finalidad tiene la menor importancia”. Aquí la palabra clave es *función*: para Raymond Roussel escribir una obra maestra no era una exigencia ética, un desafío a sí mismo, la causa de algún terrible sufrimiento existencial o el fruto de una larga preparación. Para Roussel escribir una obra maestra era simplemente su función en la vida. En la división de roles, imaginó Roussel, a él le había tocado ese destino y lo llevó a cabo como es de esperar en cualquier gran artista: sin el menor esfuerzo. Roussel escribió una serie de obras maestras —como *Impresiones de África*, *Locus Solus* o *La Doublure*— con la misma facilidad con que la mayoría de nosotros hace las compras en el supermercado, duerme la siesta, o espera que el semáforo se ponga verde. No vale la pena intentar develar cómo funcionan las cosas, cuál era su truco, cómo lo hacía. Simplemente lo hacía. Raymond Roussel nació en París en 1877 y murió en Palermo en 1933. Inmerso en el clima de vanguardia de su tiempo, poco le importaban sin embargo las cuestiones climáticas. Para él, ser original era algo natural, algo que ya venía dado; no necesitó entonces de ningún programa literario, de ningún manifiesto; no entendía por qué los escritores se agrupaban en escuelas, nunca escuchó la palabra surrealismo. No pretendió cambiar el mundo, tan sólo cambió la idea de lo que es la literatura y ni siquiera se dio cuenta (allí reside su genialidad).

Pero en realidad, pese a todo y sobre todo pese a él mismo, Roussel legó la vanguardia como único modo de practicar la literatura; de hecho, alcanzó la posteridad por razones inversas a las de sus sueños literarios. El que soñaba con la forma perfecta, cristalina, ideal, muestra como nadie que la literatura tiene que ver con lo deforme, con la imperfección, con la digresión. La escritura de Roussel procede como si dos perinolas fueran tiradas al mismo tiempo, chocándose y volviéndose a separar hasta el momento de volver a chocarse y separarse nuevamente. En la lengua de Roussel no hay punto de contacto que no sea al mismo tiempo punto de separación. Así la narración avanza como un juego infantil de transparencias, como una sucesión maquínica de enigmas sin resolución, en dónde las causas y los efectos son simultáneos e instantáneos.

*En la Habana* es un texto inconcluso, detalle sin demasiado interés en una obra como la suya. Es en verdad el comienzo de una narración (no se sabe si cuento largo o novela corta), al que deberían haberle seguido treinta y dos *documentos*, de los cuales sólo seis fueron escritos y publicados por Roussel con el título de *Documents pour servir de canevas*; quedaron incluidos en *Cómo escribí algunos libros míos*, su libro póstumo, traducido sólo fragmentariamente al castellano. *En la Habana* está constituido por seis páginas de pruebas de galeras, sin título. El texto fue publicado por primera vez en el nº19 de la revista *L'Arc*, editado al cuidado de John Ashbery. Solamente se sabe, por una carta de Roussel, que es anterior al 15 de enero de 1932, y posiblemente posterior a 1928, fecha de la finalización de las *Nuevas impresiones de África*.

D. T.

En La Habana vivía en... una pareja de huérfanos, A... L..., de catorce años, y su hermana melliza M...

Descendientes de una familia de colonos españoles, los dos hermanos crecieron bajo la afectuosa tutela de una vieja señora, su tía abuela S..., persona simple y eficiente, suerte de marimacho entrenada para resolver por sí misma todos los asuntos.

Los dos mellizos, como suele suceder, habían crecido de manera desigual en el seno materno: M... había acaparado la mayor parte de los jugos vitales, en detrimento de A... quien, de una fragilidad sin remedio, había llegado a la adolescencia de milagro.

Entre A... y M... reinaba el fanático cariño propio a los dúos mellizos. Además A..., muy dotado, sabía ejercer sobre su entorno un saludable ascendente, que alcanzaba sin duda a su hermana. En el colegio reinaba en su clase y, ostentando un suplemento de prestigio por su título de *veterano*, fruto de una grave enfermedad que lo había obligado a repetir, aconsejaba a unos, defendía a otros o, con una palabra, dirimía una diferencia.

Dos ejemplos dan la medida de su autoridad.

Entre sus compañeros estaba el hijo de N... O... —un arribista famoso en todo el país— y el de R... V..., cuyo nombre recordaba un misterioso escándalo.

Simple doméstico de un terrateniente, N... O..., gracias a un buen billete de lotería, había podido, todavía jovencito, sentar los fundamentos de una fortuna que, avaro y dotado, se había, en un cuarto de siglo, vuelto considerable.

Pero sus orígenes le valían, por parte de los cubanos acomodados, una evidente frialdad —que quiso vencer a través de la compra de un título.

Sin embargo, los snobs cubanos, para nada deslumbrados, consideraron los hechos como una provocación y se ofendieron. No solamente rechazaron al nuevo noble, sino que se organizaron para hacerle llegar anónimamente una carta, revestida de un rico encuadernamiento con una visible corona condal. Significaba acabar finalmente con las pretensiones aristocratizantes de un antiguo *valet* campesino.

El conde de O... comprendió —y se mantuvo tranquilo.

Sobre todo que prontamente lo iban a acaparar otras ocupaciones.

La Habana festejaba en ese tiempo a una *troupe* lírica italiana, que tenía como gran estrella a la bella y galante A..., llamada la “reina de la vocalización”.

El repertorio de canto no ofrecía nada suficientemente firme como para hacer plenamente valer su virtuosismo único, A... había hecho arreglar para su voz, sobre versos inspirados por el título, la pianística *Fileuse* de D... Allí se sucedían sin tregua, alcanzando sutiles efectos imitativos, episodios de naturaleza cromática, vedados para los talentos medios. Y, verdadera proeza digital, la ejecución de la obra, gracias a la garganta, se convirtió en una milagrosa hazaña.

Esa hazaña A... la llevaba a cabo sin aparente esfuerzo, alcanzando, en un perpetuo *pianissimo*, una velocidad extrema, que no hacía padecer jamás la singular puesta en valor de las notas agrupadas sobre la que se apoyaba cada sílaba.

Después de cada último acto, imperiosas aclamaciones forzaban a A... a cantar su *Fileuse*, que la llevaban siempre al triunfo.

La primera vez que O... vio a A... aparecer en escena, sintió frente al estallido de belleza un gozoso escalofrío, presto a sumarse al sonido de su voz. Su deseo, creciente de acto en acto, llegó al clímax cuando al final de la habitual *Fileuse*, dando el máximo de su prestigio, la hizo superarse como artista para iluminar una apoteosis.

Cuando después de una fácil conquista, O... escucha, en plena luna de miel, hablar de la partida de la *troupe*, su angustia muestra la fuerza de su pasión, y realiza, para que abandonara la escena que aún le quedaba, impresionantes ofertas a A..., quien, percibiendo su poder y teniendo que explotar a fondo la situación, las rechaza; excepto el casamiento —y se mantuvo así hasta que él cedió.

La intromisión en su existencia de una esposa con un pasado vergonzoso no hizo más que agravar el ostracismo que padecía O... —y contra el que decidió luchar una vez más.

Fue en las carreras, en honor de Cuba, donde pergeñó su plan. Participar le valdría una aceptación de elegancia —y relaciones en el mundo brillante del turf.

Funda una escudería y elige los colores, en honor de A..., verde, blanco y rojo de la bandera italiana, aprovechando cualquier oportunidad para honrarla gracias a visibles homenajes, pese a la desaprobación de las personas pudorosas.

Pero si la pareja tuvo en el hipódromo algunos éxitos deportivos, la indiferencia fue la única respuesta y O..., contrariado, no tarda en vender todos sus caballos.

A sus sinsabores le sigue una alegría: el nacimiento de un hijo.

Ahora bien, era precisamente ese hijo, S... d'O..., entonces de catorce años, que A... L... tenía como camarada.

Un compañero lo trató durante el estudio, en una pelea en voz baja, de *hijo de valet y de ramera*, S... entonces respondió desafiándolo.

Llegado el recreo, A..., a los primeros golpes de puños, se interpuso, y se informó de lo sucedido.

Visto el carácter odioso del insulto quiso que S... recibiera públicas excusas —y fue como siempre deferentemente obedecido.

En cuando a V... hijo, sufría injustamente los efectos de ciertas sospechas que planeaban sobre su padre.

Este, huérfano desde temprano, había, a su mayoría de edad, malgastado rápido un modesto patrimonio y, de aspecto seductor, había entonces buscado... y encontrado una heredera.

Varios años de gran vida acabaron con la dote, y los suegros irritados pensionaron muy poco a la pareja —desde entonces alcanzada por dificultades que se acrecentaron con el nacimiento de un niño. Ahora bien, apenas hablaban de la bendición, que a la misma hora morirían misteriosamente el padre y la madre del recién nacido.

La autopsia dio la prueba de un doble envenenamiento.

Una investigación fracasa buscando indicios en la alimentación. Obligatorio fue buscar en otra parte y se terminó sospechando de la goma de un stock de estampillas de origen conmovedor.

Dos años antes el Americano T... había intentado, en su navío El B..., un audaz reconocimiento polar. [15]

Cuando fue largamente superado el tiempo de su retorno, una suscripción pública se abrió para que se puedan comenzar las investigaciones.

Una estampilla fue especialmente creada, la que, mostrando al B... perdido en los hielos, acompaña rápidamente las cartas que se envían.

A más de uno se le obligaba hábilmente, enviándole autoritariamente una hoja con cien estampillas —e inmediatamente pasaba a domicilio un cobrador pidiendo el pago.

Ahora bien, a los suegros de V... una hoja de este tipo les había llegado, usándola sin tardar, reservando una buena acogida al cobrador.

Murieron dos semanas después.

Quedaban seis estampillas —con goma envenenada, informó el análisis.

Como no se pudo encontrar el sobre, la investigación giró en vacío y abortó. Pero las sospechas cayeron brutalmente sobre el afortunado V... —sin alcanzar a su mujer, que gozaba de una universal estima.

Las cosas, sin embargo, no habían salido desde entonces del dominio del chismerío.

Sin embargo, curtido por el sentimiento de la semejanza en la vulnerabilidad, V... hijo había castigado con sus manos durante las excusas públicas dirigidas a S... d'O...

Fuera de sí, el agresor busca una venganza que no pudo, anónima, mas que valerle una nueva lección.

A una hora determinada, entra en el dormitorio vacío y, bien calificado en dibujo, hace en carbonilla en la pared, detrás de la cama del joven V..., un croquis insultante titulado “El doble golpe del Papa”, en donde dos coches fúnebres marchaban en fila, al lado de un ángulo encuadrado por una gran estampilla de la catástrofe polar.

Comenzó a odiar su obra cuando vio que su descubrimiento provocó un malestar general —y el llanto del interesado.

Pero de hecho, A... agrupa a todo el mundo —y reprueba doblemente una injuria que, cobardemente anónima, golpeaba al hijo en la persona de su padre.

Después se hizo crear tan bien la imagen de una rehabilitación por sus confesiones que llorando, a su turno, de culpabilidad, se arrodilla frente a su víctima, culpándose y pidiendo perdón.

Es fácil imaginar cuáles debían ser en una hermana —y mellizos los efectos de una potencia dominadora tan grande ya sobre simples camaradas.

Cada palabra de A... era para M... razón de fe, y gustosa hubiera dejado todo por el triunfo de una causa pedida por él.

Y justamente, lleno de inclinaciones por la bondad activa, el precoz adolescente no dejaba de abrazar, a veces, grandes sueños humanitarios —que proyectaba audazmente realizar algún día.

Especialmente, muy arraigado a su isla natal, hubiera querido que a partir de una imitación intensiva de Europa naciera un refinamiento civilizatorio.

En efecto, admiraba ardientemente a Europa —a la que lo ligaba

por otra parte su sangre española— tierra de grandes recuerdos, de sólidas tradiciones, de obras maestras de arte, de mentes sublimes, despreciando en cambio el industrialismo de la nueva América. Y muy seguido en sus confidencias a M..., se apasionaba, por un futuro lejano, con sus planes inspirados por ese patriotismo especial.

¡Pero ay, ese futuro! No iba a alcanzarlo. La muerte, que había, desde la cuna, sobrevolado, lo llamó a los veinte años, carcomido por un mal del pecho —bajo la mirada azorada de M..., para siempre desconsolada.

Sin embargo, el sentimiento de una misión sagrada a cumplir la sostenía en su desdicha. A..., en su lecho de muerte, le había solemnemente invocado realizar en su reemplazo su sueño patriótico —y, con el brazo tendido, ella le había jurado obediencia.

Un año más tarde, pasada en años moría su tía abuela, dejándole una fortuna que iba a permitirle comenzar su campaña.

Sintiendo primero cuan poco podía sin colaboración, publica y reparte gratuitamente un folleto conteniendo un explícito llamado de ayuda. Allí se exponía el desiderátum de A... —y el proyecto de fundar, con los partidarios de sus ideas, un club mixto cuyos miembros se reunirían en la casa de M...

Afirmativamente comprensivos, numerosos intelectuales adhirieron con patriótico entusiasmo.

Todo club debe ser gobernado; una votación tuvo lugar y, en el primer escrutinio, M... fue unánimemente elegida presidente.

Decidieron entonces inventar alguna insignia para ella, que al portarla, en las sesiones, afirmara su autoridad.

Así reflexiona aguda y seriamente y, durante un tiempo, insatisfecha, termina, a fuerza de replanteos, por adoptar una idea audaz, rechazada de entrada por superar el objetivo planteado.

Se trataba, en efecto, no de un simple suplemento ornamental, sino de una prenda completa.

Entre las porcelanas exhibidas siempre en las vitrinas de su living, había un *Secuestro de Europa*. Una graciosa compostura, calcada de la de la historia, que completada con una polera rosa, se convirtió en el traje presidencial.

La sesión del estreno adquirió un tono de solemnidad inaugural. Por primera vez reinaba la actividad en la búsqueda de las decisiones a tomar. Y finalmente fue encargado a cada uno la misión de aportar características propias para demostrar la superioridad europea.

Pasaron algunas semanas, en las que M... recibió, como alegato por su causa, los treinta documentos siguientes...